

no podrían dirigirnos el menor reproche. Además, tío, prefiero perder cuarenta mil francos que perder á Cesarina. A estas horas, enterada sin duda de mi negativa, me desprecia. ¡He prometido dar mi sangre por mi bienhechor! Estoy en el caso de un joven marinero obligado á zozobrar junto á su capitán; de un soldado que debe perecer con su general..

— Buen corazón y mal comerciante; no perderás mi estimación, dijo el juez estrechando la mano de su sobrino. He pensado mucho en esto, añadió, sé que estás enamorado locamente de Cesarina; creo que puedes cumplir con las leyes del corazón y con las leyes del comercio.

— ¡Ah, tío! Si habéis encontrado un medio, me salváis la honra.

— Adelanta á Birotteau cincuenta mil francos haciendo una escritura de retroventa sobre su participación en vuestro aceite, que, al fin y al cabo, es una propiedad; yo te redactaré la escritura.

Anselmo abrazó á su tío, volvió á su casa, firmó cincuenta mil francos en pagarés y corrió de la calle de los Cinco Diamantes á la plaza Vendôme, con tal oportunidad, que mientras Cesarina, su madre y su tío Pillereault contemplaban al perfumista, sorprendidos del tono sepulcral empleado para pronunciar la palabra « Ingrato », contestando á la pregunta de su hija, la puerta de la sala se abrió apareciendo Popinot.

— Mi respetable y estimado principal, dijo en-

jugándose la frente bañada en sudor, aquí teneis lo que me pediais.

Alargó los pagarés.

— ¡Sí; he meditado mi situación; no tengais cuidado, yo recogeré mis firmas á su tiempo; salvad, salvad vuestra honra!

— ¡Yo lo esperaba! exclamó Cesarina cogiendo la mano de Popinot y apretándosela convulsivamente.

Constanza abrazó á Popinot. El perfumista se puso en pie como un justo al oír la trompeta del juicio final; ¡parecía salir de una tumba! Después extendió la mano por un movimiento frenético para apoderarse de los cincuenta papeles sellados.

— ¡Un momento! dijo el terrible tío Pillereault cogiendo los pagarés de Popinot: ¡un momento!

Los cuatro personajes que componían la familia: César y su mujer, Cesarina y Popinot, aturdidos por lo que acababa de hacer su tío y por la entonación de sus palabras, le miraron con terror mientras rasgaba los pagarés, arrojando los pedazos al fuego, que los convirtió en cenizas.

— ¡Tío!

— ¡Tío!

— ¡Tío!

— ¡Caballero!

Cuatro voces, cuatro corazones fundidos, conmovedora unanimidad. El tío Pillereault abrazó al joven Popinot, estrechándole contra su corazón y besándole en la frente.

— Tú eres digno de que te adoren todos aquellos

que tienen corazón, le dijo. Si tú pretendieses á mi hija, aún cuando ella tuviera un millón y tú sólo esto (señalando las cenizas negras de los pagarés), si ella te quería, os casaríais á escape. Tu principal, dijo refiriéndose á César, está loco. ¡ Mi sobrino, prosiguió el grave Pillereault dirigiéndose al perfumista, mi sobrino no debe alentar ilusiones! Los negocios se hacen con dinero y no con sentimientos. Esto es sublime, pero inútil. He pasado en la Bolsa dos horas; no tienes crédito ni para un céntimo; todo el mundo hablaba de tu desastre, de renovaciones rechazadas, de tus tentativas cerca de varios banqueros, de sus negativas, de tus locuras, de que subiste á un sexto piso en busca de un casero charlatán como una cotorra para renovar un pagaré de mil doscientos francos; de tu baile, dispuesto para disimular tu penuria. Llegan á decir que no tenías dinero en casa de Roguin. Según vuestros enemigos, Roguin es un pretexto. Uno de mis amigos, encargado de averiguarlo todo, ha venido á confirmar mis sospechas. Todos aguardan la emisión de las firmas de Popinot; le has establecido solamente para que te acepte pagarés. En fin, todas las calumnias y maledicencias que se atrae un hombre que intenta subir un tramo en la escala social, corren á estas horas acerca de ti entre todo el comercio. Ofrecerás vanamente durante ocho días los cincuenta pagarés de Popinot á todos los banqueros, soportarás humillantes negativas, y nadie los querrá: nada representa el nombre de quien los firma y te verían sacrificar á este pobre joven

que tiene ansia de salvarte. Hubieras destruido, sin provecho para ti, el crédito de la casa Popinot. ¿ Sabes cuánto te daría por esos cincuenta mil francos el más arriesgado prestamista? ¡ Veinte mil! veinte mil, ¿ oyes? En el comercio hay momentos en que es necesario sostenerse ante la gente tres días sin comer, como si se padeciera una indigestión, y al cuarto ya te admiten en la despensa del crédito. Desgraciadamente no puedes vivir esos tres días. ¡ Pobre sobrino mío, valor! Es inevitable hacer suspensión de pagos, Ahí tienes á Popinot y me tienes á mi; en cuanto se hayan acostado tus dependientes, nos pondremos á trabajar juntos para evitarte angustias.

— ¡ Tío!... dijo el perfumista cruzando las manos.

— César, ¿ quieres llegar á una liquidacion vergonzosa, en la que no aparezca el *haber*? Tu participación en la casa de Popinot te salva la honra.

César ayudado por este fatal y último rayo de luz, vió al fin la espantosa verdad con todas sus consecuencias; cayó de nuevo sobre su poltrona, apoyó su cuerpo sobre sus rodillas; su razón extrañada, discurría como la de un débil niño; su mujer le creyó moribundo; se arrodilló para levantarlo; pero le imitó, al verle cruzar las manos, elevar los ojos y decir con una contrición resignada en presencia de su tío, de su hija y de Popinot, la sublime oración de los católicos:

— « Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; vénganos el tu reino; há-

gase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DANOSLE HOY y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación; mas libranos de mal. Amén Jesús. »

Lágrimas asomaron á los ojos del estoico Pillereault; Cesarina abrumada, llorosa, tenía la cabeza apoyada en un hombro de Popinot, pálida y petrificada como una estatua.

— Bajemos, dijo el antiguo comerciante al joven, cogiéndole del brazo.

A las once y media dejaron á César al cuidado de su mujer y de su hija. En aquel momento, Celestino, el primer dependiente, que durante la secreta tempestad había dirigido la casa, subió á las habitaciones y entró en el salón. Oyendo sus pisadas, Cesarina corrió á abrirle para que él no viese el abatimiento de su principal.

— Entre las cartas de esta tarde, dijo, hay una de Tours, cuya dirección está mal puesta, lo cual ha producido un retraso. Comprendi que sería del hermano del señor, y no la he abierto.

— Papá, dijo Cesarina, ¡una carta de mi tío de Tours!

— Estoy salvado, exclamó César. ¡Hermano mío, hermano mío! dijo, besando la carta.

#### CONTESTACIÓN DE FRANCISCO A CÉSAR BIROTTEAU

« Tours, 17 de los corrientes.

— Querido hermano: Tu carta me ha causado la más viva aflicción; después de haberla leído, fui á

ofrecer á Dios el santo sacrificio de la misa á tu intención, suplicándole que, por la sangre que su Hijo, nuestro divino Redentor, derramó por nosotros, alivie tus penas con una mirada misericordiosa. En el momento en que pronunciaba la oración *Pro meo fratre, Cesare*, los ojos se me llenaron de lágrimas, pensando en ti, de quien, por desgracia, estoy separado en los días en que más necesitas los consuelos de la amistad fraternal. Pero he supuesto que el digno y venerable señor Pillereault me reemplazará sin duda. Mi querido César, no olvides, en medio de tus desgracias, que esta es una vida pasajera para probar nuestra resignación, que algún día seremos recompensados por haber sufrido en el santo nombre de Dios, y en el de su santa madre la Iglesia, por haber atendido las máximas del Evangelio y practicado la virtud; de otro modo, las cosas de este mundo carecerían de sentido. Te hablo así, recordando cuán piadoso y bueno eres; porque puede acontecer á las personas que, como tú, están lanzadas en las tempestades del mundo, y navegan por el mar peligroso de los intereses humanos, que al sentir las adversidades lleguen á blasfemar, arrastradas por el dolor. No maldigas, ni á los hombres que te hieran, ni á Dios, que dispuso en sus altos designios, las amarguras de tu vida. No mires á la tierra; levanta siempre los ojos al cielo; de allí vienen los consuelos para los débiles, allí están las riquezas de los pobres, allí están los terrores de los ricos... »

— Pero, Birotteau, le dijo su mujer, pasa todo eso, y mira si nos manda alguna cosa.

— La releeremos con frecuencia, contestó el comerciante, enjugando sus lágrimas y entreabriendo las dos hojas de la carta, de donde cayó una orden de pago contra al Tesoro. Confiaba mucho en el ¡pobre hermano! dijo Birotteau, cogiendo el papel que se había caído.

« ... Fuí á casa de la señora Listomère, prosiguió leyendo con la voz entrecortada por las lágrimas, y sin decir el motivo de mi petición, la he rogado que me prestase todo aquello de que pudiese disponer en mi favor á fin de añadirlo á mis economías. Su generosidad me ha permitido completar una suma de mil francos; te la envió en una orden de pago del recaudador general de Tours contra el Tesoro. »

— ¡ Buen anticipo ! dijo Constanza mirando á Cesarina.

« Privándome de algo superfluo en mi vida, podré devolver en tres años á la señora Listomère los cuatrocientos francos que me ha prestado. Que no te preocupe nunca esto, mi querido César. Te envío todo lo que poseo en el mundo, deseando que esta suma pueda servirte para una dichosa terminacion de tus apuros comerciales, que sin duda serán pasajeros. Conozco tu delicadeza, y quiero adelantarme á tus objeciones. No pienses ni en darme interés alguno por esta suma, ni en devolvérmela en un día de prosperidad, que no tardará en llegar para ti, si Dios se digna escuchar las oraciones que le dirigiré todos los días. Después de tu última carta recibida hace dos años, te creí rico, y pensé poder disponer de mis economías en favor de los pobres; pero desde

ahora, todo lo mío te pertenece. Cuando hayas vencido los inconvenientes accidentales de tu contra-tiempo, conserva este dinero para mi sobrina Cesarina, á fin de que, cuando se case, pueda emplearlo en alguna friolera que le recuerde á un tío viejo, cuyas manos se levantarán siempre al cielo para pedir á Dios que derrame sus bendiciones sobre ella y sobre todos aquellos que su corazón prefiera. En fin, mi querido César, piensa que soy un pobre sacerdote que vive á la buena de Dios como las alondras de los campos, avanzando por sus sendas sin ruido tratando de obedecer los mandatos de nuestro divino Salvador, y á quien, por consiguiente, le hace falta muy poca cosa. Así, pues, no tengas el menor escrúpulo en la circunstancia difícil en que te encuentras, y piensa en mí como en alguien que te quiere tiernamente. Nuestro excelente padre Chapeloud, al cual nada he dicho de tu situación, y que sabe que te he escrito, me ha encargado te dé recuerdos cariñosos de su parte para todas las personas de tu familia, y te desea que no cesen tus prosperidades. Adiós, mi querido hermano; hago votos para que, en las circunstancias que atraviesas, Dios te conceda la gracia de conservar tu salud, la de tu mujer y la de tu hija; os deseo á todos paciencia y valor en vuestras adversidades.

» FRANCISCO BIROTTEAU,

» *Sacerdote, vicario de la Iglesia catedral y parroquial de San Cayetano de Tours.* »

— ¡ Mil francos ! dijo la señora Birotteau furiosa.

— Guárdalos, dijo gravemente César; son lo único que tenemos. Además, pertenecen á nuestra hija, y nos permitirán vivir sin pedir nada á nuestros acreedores.

— Todos creerán que has sustraído cantidades importantes.

— Les enseñaré la carta.

— Dirán que es un engaño.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Birotteau aterrado, he pensado lo mismo de los infelices que, sin duda, estaban en la situación en que me veo.

Muy intranquilas por el estado en que se hallaba César, la madre y la hija cosían cerca de él, y en profundo silencio. A las dos de la mañana, Popinot abrió suavemente la puerta del salón, indicando á la señora de Birotteau que bajase. Al ver á su sobrina, el tío se quitó las gafas.

— Hija mía, hay alguna esperanza, la dijo; no se ha perdido todo; pero tu marido no resistiría las alternativas de las negociaciones que será preciso hacer, y Anselmo y yo vamos á intentar. No te muevas de tu almacén mañana, y apunta las direcciones de todos los créditos vencidos; tenemos tiempo hasta las cuatro. He aquí mi proyecto: ni el señor Ragón ni yo somos sospechosos. Suponed que vuestros cien mil francos depositados en casa de Roguin hayan sido entregados á los dueños de los terrenos: tampoco los tendríais como no los tenéis ahora. Hay ciento cuarenta mil francos endosados á Claparón, que debéis pagar siempre, suceda lo que suceda; así pues, no es la bancarrota

de Roguin lo que os arruina. Contais para hacer frente á vuestras obligaciones, con un préstamo de cuarenta mil francos que podréis tomar, más ó menos pronto, sobre vuestras fábricas, y sesenta mil francos en pagarés de Popinot. Se puede luchar, porque más adelante, podréis pedir otro préstamo con los terrenos de la Magdalena. Si vuestro principal acreedor consiente en ayudaros, yo sacrificaré mi fortuna, venderé mi papel del Estado, quedándome sin pan. Popinot estará entre la vida y la muerte; en cuanto á vosotros quedaréis á merced de cualquier acontecimiento comercial. Pero el aceite producirá, sin duda, grandes beneficios. Popinot y yo lo examinamos todo y os sostendremos en esta lucha. ¡Ah! comeré con gusto pan seco si el éxito se asoma en el horizonte. Pero todo depende de Gigonnet y de los asociados de Claparón. Popinot y yo iremos á casa de Gigonnet, de siete á ocho, y sabremos á qué atenernos acerca sus intenciones.

Constanza se arrojó emocionada en los brazos de su tío, sin otra voz que sus lágrimas y sollozos. Ni Popinot ni Pillereault podían sospechar que Bidault, llamado Gigonnet, y Claparón eran de Tillet bajo distinta forma, y que de Tillet se había propuesto ver en *El Avisador* esta terrible noticia:

« Sentencia del tribunal de Comercio que declara en quiebra al señor Birotteau, comerciante perfumista, residente en París, calle de San Honorato, número 397, señalándola, provisionalmente, en 16 de enero de 1819. El juez comisario, Mr. Gobenheim-Keller. Agente, Mr. Molineux. »

Anselmo y Pillereault estudiaron hasta la mañana los negocios de César. A las ocho, aquellos dos heroicos amigos, soldado veterano el uno, el otro cadete, que desconocían las terribles angustias de los que suben la escalera de Bidault, llamado Gigonnet, se encaminaron, sin decir una palabra, hacia la calle de Greneta. Los dos estaban angustiados. Varias veces, Pillereault se llevó la mano á la frente.

La calle Greneta es una calle donde todas las casas, atestadas por una multitud de comercios, ofrecen un aspecto repulsivo. Las construcciones presentan un aspecto horrible. La innoble suciedad de las fábricas domina allí. El viejo Gigonnet habitaba el tercer piso de una casa, cuyas ventanas eran de vidrios pequeños y sucios. La escalera llegaba hasta la calle. La portera tenía su habitación en el entre-suelo, en una jaula, sin más luz que la que recibía de la escalera. Exceptuando Gigonnet, todos los inquilinos ejercían alguna profesión. Entraban y salían continuamente obreros; los escalones estaban cubiertos de una capa de barro duro ó blando, según estuviese la atmósfera, donde constantemente aparecían inmundicias. En aquella fétida escalera, cada piso ofrecía á los ojos el nombre de un fabricante, escrito en letras doradas en una plancha pintada de encarnado y acompañada, con muestras de sus producciones. La mayor parte del tiempo, las puertas abiertas dejaban ver el extraño maridaje del hogar, del mobiliario y de la fábrica; resonaban voces y gruñidos inauditos, cánticos y sil-

bidos, que recordaban la hora de la comida en los jaulones de los animales del Jardín de Plantas. En el piso primero se construían, en un cuchitril infecto, los más bonitos tirantes del *artículo de París*. En el segundo se confeccionaban, entre las más sucias porquerías, las más elegantes cajas que adornan los escaparates por año nuevo. Gigonnet murió rico, dejando un millón ochocientos mil francos, en el tercer piso de aquella casa, sin que ninguna reflexión pudiese hacerle salir de allí, á pesar del ofrecimiento de la señora Saillard, su sobrina, que le daba una habitación en su hotel de la Plaza Real.

— ¡Valor! dijo Pillereault, tirando de la pata de ciervo suspendida de un cordón á la puerta descolorida y limpia de Gigonnet.

Gigonnet salió él mismo á abrir. Los dos padrinos del perfumista en liza en el campo de las quiebras atravesaron una primera habitación correcta y fría, sin cortinas en las ventanas. Los tres se sentaron en la segunda, donde recibía el usurero ante un hogar lleno de cenizas, entre las cuales la leña se defendía contra el fuego. Helaron el alma de Popinot las carpetas verdes del usurero, la rigidez monástica de aquel gabinete con atmósfera de cueva. Miró con expresión estúpida el papel azul sembrado de flores tricolores pegado á las paredes desde veinticinco años atrás, y fijó sus ojos entristecidos en la chimenea, adornada con un reloj en forma de lira y jarrones rectangulares, azules, de Sèvres, con ricas monturas de cobre dorado. Re-

cogidos por Gigonnet en el naufragio de Versailles, donde el populacho lo rompía todo, procedían del tocador de la reina; pero tan magníficos objetos estaban acompañados por dos candeleros del peor gusto, de hierro forjado, recordando por un brutal contraste su procedencia.

— Ya sé que no venís por asuntos vuestros, dijo Gigonnet, sino por el gran Birotteau. Bien, ¿qué hay, amigos míos?

— Como no tenemos que decir nada que no sepais, vamos á ser concisos, dijo Pillereault. Tenéis pagarés á la orden de Claparón?

— Sí.

— ¿Queréis canjear los cincuenta mil francos que vencen primero por pagarés del señor Popinot aquí presente, mediante un descuento, como es natural?

Gigonnet se quitó su terrible casquete verde, que parecía su propia piel, mostró el cráneo de color de manteca fresca, desprovisto de cabellos, hizo su mueca volteriana y dijo:

— ¿Queréis pagarme en aceite para el pelo?

— Cuando lo tomáis á broma, no queda otro recurso que irse, dijo Pillereault.

— Habláis como un hombre prudente; y lo sois, le dijo Gigonnet con una sonrisa adulatora.

— Bien, ¿si yo endosase los pagarés del señor Popinot? dijo Pillereault haciendo el último esfuerzo.

— Sois oro en barras, señor Pillereault; pero no necesito ese oro: sólo me hace falta mi dinero.

Pillereault y Popinot saludaron y se fueron. En

la escalera, á Popinot le temblaban las piernas aún.

— ¿Es un hombre? preguntó á Pillereault.

— Eso dicen, contestó el anciano. ¡Acuérdate siempre de esta corta visita, Anselmo! Acabas de ver la banca sin la careta de sus apariencias agradables. Los acontecimientos imprevistos son los tornillos de la prensa; nosotros somos los racimos y los banqueros los toneles. El negocio de los terrenos es bueno sin duda; Gigonnet, ó cualquiera otro á su sombra, quiere estrangular á César para vestirse con su piel; todo está dicho: no hay remedio. Esta es la banca, ¡No busques nunca su auxilio!

Después de aquella terrible mañana en la cual, por vez primera, la señora de Birotteau tomaba nota de las direcciones de cuantos iban á cobrar su dinero, y despidió al cobrador del Banco sin pagarle á las once, la valerosa mujer, feliz por haber librado á su marido de tan crueles dolores, vió entrar á Anselmo y á Pillereault, á los cuales aguardaba, víctima de crecientes ansiedades; leyó su sentencia en sus rostros. La quiebra sería inevitable.

— Le matará el dolor, exclamó la pobre mujer.

— No hay remedio, dijo gravemente Pillereault, pero es tan religioso, que en las circunstancias actuales, su director espiritual el padre Loraux, acaso pueda salvarle.

Pillereault, Popinot y Constanza aguardaron mientras un dependiente fué á buscar al padre Loraux. Celestino preparaba el balance que debía firmar César. Los dependientes estaban consterna-

dos; estimaban á su principal. A las cuatro el buen secerdote llegó; Constanza le puso al tanto de la desgracia que pesaba sobre ellos, y el sacerdote subió como un soldado sube á la brecha.

— Sé por qué venis, exclamó Birotteau.

— Hijo mio, dijo el sacerdote; conozco desde hace mucho tiempo vuestra paciente resignación para respetar los designios de la voluntad divina; en estos momentos la necesitáis como nunca; tened siempre los ojos puestos en la cruz, no dejéis de contemplarla, pensando en las humillaciones de que fué objeto el Salvador de los hombres, hasta que punto fué cruel su pasión; así podréis soportar las mortificaciones que Dios envíe...

— Mi hermano el sacerdote me había preparado ya, dijo César mostrando la carta, que había leído, y que ofreció á su confesor.

— Tenéis un buen hermano, dijo el padre Loraux, una esposa llena de virtudes y amante, una hija que guarda para vos todas las ternuras, dos verdaderos amigos: vuestro tío y Anselmo; dos acreedores indulgentes: los Ragón; todos estos buenos corazones derramarán sin cesar un bálsamo sobre vuestras heridas y os ayudarán á llevar vuestra cruz. Prometedme tener la entereza de un mártir, resistir el golpe sin desfallecer.

El abate tosió para advertir á Pillereault, que estaba en el salon.

Mi resignación no tiene límites, dijo César con calma. La deshonra ha llegado; sólo debo pensar en la reparación.

La voz del pobre perfumista y su semblante sorprendieron á Cesarina y al sacerdote. Sin embargo, nada más natural. Todos los hombres sufren mejor una desgracia conocida, definida, que las crueles alternativas de la suerte, que de un instante á otro procura un placer excesivo, ó un dolor extremado.

— He soñado durante veintidós años, me despierto hoy con mi garrote de camino en la mano, dijo César transformándose de pronto en aldeano turenés.

Oyendo estas palabras, Pillereault estrechó á su sobrino en sus brazos. César vió á su mujer, Anselmo y Celestino. Los papeles que llevaba el primer dependiente eran muy significativos. César contempló tranquilamente aquel grupo, cuyas miradas eran tristes pero amistosas.

— ¡Un momento! dijo quitándose las insignias de la Legión de Honor, que entregó al padre Loraux, me las devolveréis cuando pueda llevarlas sin avergonzarme. Celestino, añadió dirigiéndose á su dependiente, escribid mi dimisión de teniente alcalde. El señor cura os la dictará, la fecharéis el 14 y la haréis llevar á casa del señor de la Billardiére por Raguet.

Celestino y el padre Loraux bajaron. Casi durante un cuarto de hora, reinó un profundo silencio en el gabinete de César. Tal entereza sorprendió á la familia. Celestino y el sacerdote volvieron: César firmó su dimisión. Cuando el tío Pillereault le presentó el balance, el pobre hombre no pudo reprimir un horrible movimiento nervioso.

— ¡Dios mío, tened piedad de mí! exclamó firmando el terrible documento y devolviéndoselo á Celestino.

— Señor, señora, dijo entonces Anselmo Popinot, sobre cuya nublada frente pasó un rayo luminoso, hacedme el honor de concederme la mano de la señorita Cesarina.

A esta frase, los ojos de todos los asistentes se llenaron de lágrimas, exceptuando César, que se levantó, y estrechando la mano de Anselmo, con voz cavernosa le dijo:

— Hijo mío, nunca te casarás con la hija de un quebrado.

Anselmo miró fijamente á Birotteau:

— Señor; ¿os comprometéis, en presencia de toda vuestra familia, á consentir en nuestro casamiento, si Cesarina me acepta por marido, el día de vuestra rehabilitación?

Hubo un momento de silencio, durante el cual emocionaron á todos las sensaciones que se dibujaban en la debilitada fisonomía del perfumista.

— Sí, contestó por fin.

Anselmo hizo un indecible ademán para coger y besar la mano que Cesarina le tendió.

— ¿Consentis también? preguntó á Cesarina.

— Sí, dijo ella.

— Al fin, ya soy de la familia; ya tengo derecho á intervenir en vuestros asuntos, dijo con expresión arrogante Anselmo.

Salió precipitadamente para no descubrir una alegría que contrastaba demasiado con el dolor de

suprincipal. Claro que Anselmo no se alegraba de la quiebra, ¡pero el amor es tan absoluto, tan egoísta! La misma Cesarina sentía en su corazón emociones que contrariaban su amarga tristeza.

— Puesto que ya estamos metidos en harina, dijo Pillereault al oído de Cesarina, tratemos de todo.

La señora de Birotteau dejó escapar un gesto dolorido, no asintiendo.

— Sobrino mío, dijo Pillereault dirigiéndose á César, ¿qué piensas hacer?

— Continuar en el comercio.

— No somos del mismo parecer, dijo Pillereault. Liquidada, y distribuye tu activo á los acreedores; no aparezcas de nuevo en la plaza de París. Con frecuencia he imaginado hallarme en una posición análoga á la tuya... ¡Ah! ¡Es necesario preverlo todo en el comercio! El comerciante que no piensa en la quiebra, es como un general que no creyera posible una derrota; solo es comerciante á medias. Yo no hubiera continuado. ¡Caramba! ¿Sonrojarme á todas horas en presencia de aquellos á quienes hubiere perjudicado, sentir sus miradas desconfiadas y sus tácitos reproches? ¡Concibo la guillotina!... en un momento todo acaba. Pero tener una cabeza que renace y sentirse la cortar todos los días, es un suplicio que hubiera evitado. ¡Muchas gentes vuelven á sus negocios como si nada les hubiera sucedido! tanto mejor... son más valientes que Claudio José Pillereault. Si compráis al contado, y no queda otro remedio, suponen que os reservasteis recursos, y si carecéis de dinero jamás